

NUESTRA LENGUA Y LOS JUDIOS

Hace ya más de un lustro, Israel bregó con verdadero afán, en las Naciones Unidas, para que el español fuera aceptado como uno de los idiomas de trabajo de la Organización Internacional. En favor de este objetivo hizo oír su palabra y contribuyó con su voto a su cristalización. Eran varias las razones y fundamentos que abonaban la activa posición de Israel en pro de la sanción de tal iniciativa. Entre ellos, la creciente importancia en la vida internacional de un idioma que es hablado hoy por tantos millones de personas, en diferentes regiones del mundo, así como los estrechos vínculos que desde su advenimiento mismo como Estado, unen a Israel con las naciones iberoamericanas. Pero otro de los factores enunciados por Israel, al fundamentar su voto, se refería a la histórica relación con el idioma y la cultura hispánica de una de las dos ramas principales del pueblo judío: la de los sefaraditas o sefardíes, gentilicio correspondiente a la palabra Sefarad, que según el idioma hebreo significa España.

En España, justamente, acaba de realizarse un simposio sobre el "Estado actual del mundo sefardí" en que ese tema tuvo eco. Se llevó a cabo en Madrid, organizado por el Instituto de Estudios Sefardíes y patrocinado por altas instituciones y personalidades y allí trascendió, por boca de los delegados de Israel, la supervivencia en Tierra Santa del idioma que sigue vinculado a un sector del pueblo judío con la cultura hispánica.

Ese vínculo histórico se ha mantenido vivo a través de los siglos, a pesar de todas las vicisitudes y altibajos, y se refleja aún en nuestros días en el propio Estado de Israel, donde varios cientos de miles de sus ciudadanos, de origen sefardí, siguen hablando en las calles de Jerusalén o de otras ciudades y aldeas, el antiguo idioma **ladino** o **judeoespañol**, el mismo que hablaban sus antepasados en las aljamas o callejones de Toledo, Córdoba o Andalucía. Ese vínculo tuvo su apogeo en la época del florecimiento cultural de los judíos en España, se mantuvo hasta su expulsión y luego se prolongó en los lugares en que se radicaron.

Durante dicho período, los sefardíes crearon una rica literatura así como otros valores que fueron motivo de su prestigio en el mundo de la cultura en general, como de la vida judía en particular. Luego de la destrucción del Segundo Templo, y aún antes del fin de la soberanía judía en el antiguo Israel, la diáspora estaba diseminada en numerosas regiones con sus respectivas características. Los investigadores coinciden en suponer que la Península Ibérica tuvo comunidades judías probablemente desde la llegada de los fenicios a sus costas. Se sabe, a ciencia cierta, que habían allí comunidades judías desde principios del siglo IV. Sin embargo, entre los judíos españoles se sostuvo que sus antepasados fueron traídos a España desterrados por Roma, a raíz de la destrucción de la pequeña nación hebrea. El nombre Sefarad es mencionado una sola vez en la Biblia, en el breve escrito del Profeta menor Abdías (1, 20), cuando dice: "...y los cautivos de Jerusalén, que están en Sefarad".

En la acepción estricta del término, los sefardíes son los descendientes de los israelitas iberos, que a partir del siglo XIV comenzaron a dispersarse por el mun-

do. No deseamos fatigar al lector con extensas nóminas de insignes escritores, filósofos, pensadores y hombres de ciencia judíos sefardíes que descollaron en la estructuración de los valores fundamentales de la cultura, la literatura, el pensamiento y el arte en el largo período de transición entre la Edad Media y la Edad Moderna que culminara en el Renacimiento.

Toda esta obra fue hecha, en gran parte, a través del español antiguo que los judíos siguieron conservando después de la expulsión de 1492 y llevaron consigo como preciado tesoro. El judeoespañol ha sido el puente cultural, entre aquel pasado luminoso y nuestra época, donde también es dable transitar por días grises marcados por aguda decadencia. De generación en generación, como legado espiritual irrenunciable, los sefardíes fueron transmitiendo esa preciosa lengua en los países de su dispersión, particularmente en la península balcánica, en África del Norte y en el Medio Oriente, incluyendo la zona palestina que hoy constituye el moderno Estado de Israel.

Este español antiguo o ladino, denominación que provendría de "latino" y que se aplicaba por los judíos a la lengua del país para diferenciarla del hebreo, el cual también produjo en aquel entonces una literatura de fundamental importancia filosófica y litúrgica, siguió siendo dialecto hasta nuestros días entre los judíos sefardíes, quienes lo usaban como lengua casera cualquiera haya sido el idioma que se hablara en los países donde habitaban.

El ladino (judeoespañol) se escribió generalmente en caracteres hebreos, de ahí que haya sido influenciado por gran variedad de temas hebraicos, en tanto que ha sido significativa la influencia de la literatura hebrea en la misma literatura española.

El dialecto judeoespañol ha venido acusando inexorablemente un progresivo deterioro en riqueza de expresión. Por un lado, no ha recibido, como todo idioma normal, el sucesivo aporte de múltiples vocablos y de cambios idiomáticos, de giros y construcciones gramaticales. Por el otro, ha absorbido infinidad de elementos lingüísticos extraños recogidos por los judíos en cada uno de los países de su residencia, para denominar objetos y actividades de la vida diaria, con sus continuas mutaciones.

El castellano y el portugués de los siglos XV y XVII fueron las lenguas en que se compuso gran parte de la literatura clásica de los sefardíes; el primero predominaba en Levante, el segundo en Occidente. En las comunidades sefardíes de Amsterdam, Londres, Hamburgo y Liorna, y de otras ciudades del oeste europeo, el español y el portugués, en cuanto vernáculos, no tuvieron tiempo de absorber elementos de la lengua del país o del hebreo, formando así un idioma moderno, pues desaparecieron del uso popular, en el rápido proceso de desintegración del sefardismo occidental. En cambio Oriente, donde el castellano se impuso a expensas del portugués y donde los sefardíes se establecieron sólidamente, se desarrolló, en el andar del tiempo, un nuevo vernáculo: el judeoespañol, o ladino, que se apoderó también de la literatura. Ese idioma a la vez que conservó al castellano de los tiempos de la dispersión, absorbió numerosas voces hebreas, turcas, árabes, grie-

gas, eslavas, persas, italianas, francesas, etc. No obstante ello, sigue siendo a los oídos de los sefardíes, el español de sus antepasados. La predilección por el español se extendió hasta la esfera del culto, como lo demuestra el uso de Biblias, devocionarios, poemas litúrgicos y sermones en castellano.

Rasgo peculiar del judeoespañol es el disfraz de palabras desagradables u obscenas, heredado de la literatura hebrea, evitándose términos que indican la muerte, la maldad y la obscenidad.

El Dr. Angel Pulido considerado como un verdadero apóstol de la difusión y reivindicación, en España, de la lengua de los sefardíes, dedicó nobles esfuerzos al estudio del judeoespañol, con abundancia de informaciones, en especial en su difundida obra **Españoles sin Patria**, publicada en 1905.

Entre los simpatizantes del judeoespañol figura el famoso escritor y pensador español Miguel de Unamuno, quien, a la sazón Rector de la Universidad de Salamanca, hizo estas bellas consideraciones: "Y para nosotros, qué antiguas frescuras, que remembranzas de mocedad no nos trae esa habla española, de tan dulces cadencias, de los judíos españoles de Oriente! Es esa habla, que se ha conservado allá, como enquistada y preservada por las condiciones mismas de su transformación, de ciertas mudanzas; en esa habla tenemos un reflejo de nuestro viejo y robusto romance antes de la profunda transformación que sufrió en el siglo XVI. Esa lengua es la lengua de nuestros primitivos, esa lengua es la lengua de la España juvenil. Recluida allá en Oriente, sin uso oficial ni literario, quedóse en lengua de hogar, en lengua en que se breza a los niños para adormirlos en la paz de su inocencia, en lengua en que cambian dulzuras los amantes, en lengua en que cuentan los padres a sus hijos las leyendas de los abuelos, en lengua en que se reza en el retorno y en el recogimiento del hogar al Dios consolador y corroborador de las fecundas esperanzas. Y así no se ha bastardeado en las torpezas de la burocracia, ni en las mentiras del parlamentarismo, ni en las ligerezas de la prensa. Ha sido la lengua doméstica, la lengua recogida, la lengua de la oración. El hablarla es un consuelo".

Según es referido en la **Enciclopedia Judaico-Castellana**, editada en México en 1949, la gran variedad de dialectos judeo-españoles y la falta de normas generales, no permiten sacar conclusiones amplias acerca de fonología, morfología, sintaxis y otros aspectos del ladino, y sería preciso estudiar separadamente las variantes principales, como ya lo ha hecho un número de investigadores.

En opinión de algunos de ellos, fue a Turquía a donde se dirigieron los grupos más numerosos de judíos españoles, quienes impusieron su cultura en 200 000 el número de refugiados acogidos por los turcos, pero es muy difícil establecer la cifra exacta. Los judíos desempeñaron en Turquía las más diversas profesiones, desde la más humilde a la más encumbrada, pero en ningún momento abandonaron sus estudios judaicos ni su idioma español, que ellos llamaron **lashòn ha-kodesh** (que significa en hebreo lengua santa y se aplica generalmente para designar al hebreo). Aún aquellos de entre ellos, cuya condición social era humilde, como por ejemplo, los mozos de cordel de Salónica, o los vendedores de pan de España, en las calles de Esmirna, ostentaban, pese a su pobreza, la vieja grandeza

española. En Levante, su lengua vernácula, el español, los hizo indispensables, en una era en que el castellano alcanzó el mismo rango de lengua internacional que el francés llegaría a tener en los siglos posteriores.

Con la creación del Estado de Israel, emigraron a este país la gran mayoría de los judíos de Turquía y prácticamente toda la comunidad judía de Bulgaria, cuya mayor parte era sefardí, lo que junto a otros contingentes de países balcánicos hace elevar a más de 100 000 el número de judíos sefardíes que se agregaron a los que desde generaciones estaban afincados en Jerusalén, Safed, Tiberíades y otras regiones del país, y que siguen manteniendo el judeoespañol como dialecto del hogar y lazo entre padres e hijos.

En Grecia, la destrucción de la comunidad judía de Salónica por los nazis, hizo que el ladino se redujera prácticamente a una medida ínfima, a causa también de la pequeñez de los núcleos judíos, fuera de aquel centro cultural que ha sido Salónica, una de las grandes capitales del judeoespañol.

El libro en lengua judeoespañola continuó siendo el alimento espiritual de las masas sefardíes hasta principios del siglo XX, época en que la inmigración en masa comenzó a destruir los fundamentos mismos del sefardismo oriental. No obstante haber vivido durante cuatro siglos entre distintos pueblos y deambulado de un país a otro, la lengua de los sefardíes siguió ostentando su auténtico carácter español, siendo su estudio, por consiguiente, de principal importancia para el conocimiento del español y de sus dialectos. A propósito de su estudio, señalaba Angel Pulido que sería, ante todo, de urgente necesidad la confección de un diccionario, lo más completo posible, encarado en forma científica. Este diccionario —decía— puede ser un instrumento precioso para la lectura de obras escritas en ladino, comenzando por las traducciones judaico-españolas de la Biblia, y suministrar fuente valiosa de investigación lingüística en tan importante sector lexicográfico.

Sería largo enumerar las distintas actividades culturales que se cumplen en el país en relación con los valores lingüísticos, folklóricos y artísticos de origen sefardí. Aparte de la mencionada tarea del Instituto Ben Zvi, cuya finalidad es el estudio de las diversas tribus de Israel, cabe señalar que la Facultad de Humanidades posee un Instituto de Lenguas Romances, donde se dedica especial atención al estudio de la cultura.

Todos los días, la radioemisora oficial del Estado de Israel (Kol Israel) emite un programa en judeoespañol, en el que, además de noticias y comentarios, se difunden programas culturales y artísticos que atraen al mundo sefardí y que son oídos por decenas de miles de sefardíes radicados en el país, como de los países balcánicos y mediterráneos. Asimismo sus irradiaciones son escuchadas con interés en la propia España. La misma radio, en sus programas generales, trasmite música y folklore sefardí.

Existe en Israel una pléyade considerable de pensadores, escritores, periodistas y hombres de inquietudes culturales, que dedican su preocupación e interés, mediante su propia labor intelectual, al estudio de los valores creados por los sefardíes a través de la historia. Esta búsqueda de valores creativos, en fuentes aún no totalmente reveladas de la historia, lleva consigo el anhelo de impedir su extinción y mantener en sus vivencias más puras a aquella "habla de tan dulces cadencias".